

# NICOLÁS PIZARRO, NOVELISTA Y PENSADOR LIBERAL

Luis REYES DE LA MAZA

Es INEXPLICABLE que Nicolás Pizarro haya sido ignorado por casi todos los investigadores literarios, tanto del siglo pasado como del presente. De los actuales, que se supone deben estar mejor documentados, ni Julio Jiménez Rueda ni Carlos González Peña citan siquiera su nombre. Y de los críticos del siglo XIX, Ignacio Manuel Altamirano es el único que hace un breve estudio de él, aunque sin profundizar en el asunto y sin darle la importancia que merece. No habla de las ideas liberales predominantes en Pizarro, y da preferencia, en cambio, a la anécdota amorosa vista desde un ángulo estrictamente literario, que es lo que interesaba a Altamirano para su crítica, pero que, a mi juicio, carece de verdadera importancia. “*El monedero* es una novela social y filosófica en la extensión de la palabra. No sólo es un estudio de las costumbres, de las necesidades y de los vicios de la sociedad, sino un proyecto de reforma, un monumento filosófico elevado al amor del pueblo y propuesto a la consideración de los hombres pensadores para mejorar la educación y la suerte de las clases desgraciadas.” Esto es lo más que dice Altamirano (*La literatura nacional*, México, 1949, t. 1, p. 53).

Manuel Sánchez Mármol, en su estudio sobre las letras mexicanas en *México y su evolución social* (t. 1, p. 636), le dedica estas breves líneas: “Filósofo nada vulgar fue don Nicolás Pizarro, como lo dio a conocer en sus escritos, y señaladamente en el orden sociológico en *El monedero*, novela de costumbres impregnada de espíritu reformista y de nobles aspiraciones por la suerte de la desvalida clase del pueblo. Su otra novela, *La coqueta*, es algo así como una paráfrasis de *La quijotita*”. Y, finalmente, Brushwood, en su estudio *The romantic novel in Mexico*, cita también las dos novelas de ma-

nera apresurada y sin comprender el fondo ideológico que encierran.

En el año de 1861 publica Pizarro sus dos novelas conocidas, *El monedero* y *La coqueta*. La primera lleva como pie de imprenta: Méjico.—Imprenta de Nicolás Pizarro.—Calle del Águila número 14 1/2.—1861. Y la segunda: Méjico, 1861.—Imprenta de Ana Echeverría de Pizarro e hijas, calle del Águila. En ambas obras aparece, en la segunda hoja, esta nota: "Para reimprimir esta Novela será necesaria la anuencia del autor". Nota que con el tiempo saldría sobrando, puesto que no existe noticia de una segunda edición para ninguna de las dos novelas.

*El monedero* está dedicado "Al Ciudadano José González Echeverría, Ministro de Hacienda de México, en testimonio de la más alta consideración". Consta de 623 páginas, y se divide en siete partes y un epílogo; las primeras, a su vez, están divididas en capítulos. La separación entre las "partes" no parece obedecer a ninguna necesidad interna, sino sólo al capricho del autor. Algunos de los títulos de capítulo —como "Lo que vale una rosa", "La realidad es sueño", "La humildad en el claustro"— revelan el romanticismo imperante en la segunda mitad del siglo XIX. El epílogo se titula, a lo Dumas, "Diez años después".

LA NOVELA SIGUE el derrotero de las de Riva Palacio, Payno, Mateos o cualquier otro de nuestros novelistas del siglo pasado. Personajes y situaciones son convencionales por carecer de una estructura debidamente conformada; se ve que el autor, al comenzar a escribir, no tiene sino una débil idea de lo que quiere hacer, y que va redondeando la intriga según avanza la novela. Esto hace que a veces las situaciones sean de lo más inverosímiles.

Pizarro lo mismo hace transcurrir la acción en San Ángel que en los Estados Unidos o en las grutas de Cacahuamilpa, y salta de un lugar a otro según se le va ocurriendo, sin que para ello haya una razón más o menos poderosa y lógica, sino más bien delgados hilos que, como es natural, en ocasiones se le rompen.

En realidad, si escribe novelas es únicamente para introducir en ellas sus ideas, y le tiene sin cuidado la anécdota. Las ideas son en este novelista el factor primordial y más importante; los demás elementos, estructura, personajes, tema y estilo, se desmoronarían ante un estudio minucioso.

En *El monedero*, el tema fundamental no es sino la creación utópica de "La Nueva Filadelfia", ciudad levantada por un sacerdote y el protagonista, para reunir en ella a todos los desheredados de la sociedad, a los parias que el capitalismo imperante ha hundido en la miseria. Como en esta ciudad todos trabajan en cooperativa, a los pocos meses es una colonia próspera y deslumbrante, situada en el centro del Estado de Jalisco. (Bien podía ser éste el antecedente directo de *La Navidad en las montañas*, de Ignacio Manuel Altamirano.) Pero todo lo anterior no es sino el pretexto para lanzar destructivos ataques contra la sociedad, contra el clero y contra los pasados gobiernos, y para tramar una serie de aventuras llenas de peligro para el héroe, así como gran cantidad de desventuras amorosas.

Fernando está enamorado de Rosita, y ésta de aquél, pero su orgullo no le permite confesarlo, por la diferencia de clases. Mientras Fernando lucha contra estos prejuicios, los enamorados de ella y las enamoradas de él se dedican a complicarles la vida, y son la causa de que Fernando caiga en poder de bandidos e indígenas "bárbaros", se pierda en las grutas de Cacahuamilpa y permanezca amnésico y ciego durante varios meses. Cientos de calamidades se suceden una tras otra sobre el héroe, pero éste logra vencerlas y casarse con Rosita; no sin antes confesar sin ningún empacho que la Nueva Filadelfia pudo subsistir en sus comienzos gracias a la moneda falsa (de allí el título de la novela) que él mismo fabricaba en su taller. Pizarro lo defiende con tanta comprensión y tanta sinceridad, que llega el lector a convencerse de que falsificar moneda para fines benéficos es una acción loable.

Empieza *El monedero* describiendo las fiestas y diversiones en las fincas de campo que la aristocracia mexicana poseía en San Ángel, famoso lugar de veraneo de la época (p. 5):

Durante la primavera algunas de las familias más acomodadas de México emigran a San Angel, pueblo delicioso situado a la distancia de tres leguas al Sur de la ciudad. Formado de pequeños jardines y de elegantes casas entresoladas, que casi no habitan más que en la *temporada*, ofrece entonces un indecible atractivo a los que huyendo del ruido aturdidor de la gran capital, buscan la distracción de los graves negocios entre el suave perfume de las flores y la fascinación irresistible de las lindas hijas de México.

Las descripciones de los diferentes lugares en que Pizarro hace transcurrir la acción son prolijas y detalladas, de una alegre minuciosidad, en la que se nota el gusto que siente al hacerlas. Al hablar del paisaje se solaza con él, se acerca, lo contempla y nos lo describe hasta en sus menores detalles. Este amor y esta observación por el paisaje es el mismo que sentirá José María Velasco, en la pintura, algunos años después. Es el academicismo, el naturalismo y el objetivismo en la literatura (pp. 8-9):

El Cabrío es la parte más elevada de la ribera de un arroyo que corre por el lado sur de San Ángel, cuyas aguas sirven para la gran fábrica de hilados de Contreras, para la de Atizapán y para dos molinos de papel. Frente de Atizapán tiene la corriente una caída de ocho a diez varas, que en tiempo de lluvias presenta un magnífico aspecto; el cauce va teniendo mayor profundidad a medida que la ribera derecha se eleva, de manera que el Cabrío tiene enfrente una barranquilla. Cuanto se diga de la feracidad de la planicie que se extiende en declive desde este punto hacia el Oriente, por la parte que llaman *la otra banda*, apenas podrá dar una idea imperfecta, porque sin arte y sin abonos se ve poblada de árboles frutales, a cuyo pie crecen formando una tupida alfombra el clavo, los rosales y una variedad admirable de flores silvestres. Antes de comenzar este declive, hay una pequeña meseta frente a un grupo de casitas que son muy frecuentadas por las familias que van a pasar la temporada a San Ángel. Esta meseta, tan ventajosamente colocada, da indicios de haber sido atendida mejor en otros tiempos, porque en su corta extensión tiene varias especies de árboles que cubren aquel lugar con su sombra y lo embellecen con sus flores y frutos. Al lado de varios nogales frondosos y de muchos duraznos, se mira el zapote blanco, la morera, el capulín, el granado, el manzano y el tejocote. Constantemente atraviesa por aquella altura una agua cristalina que pasa frente a las casitas allí construidas, bañando el pie de una encina muy corpulenta, destinada, al parecer, a presidir eternamente aquel pintoresco lugar.

Se enternece Pizarro y contempla con mirada amante los caseríos esparcidos en el cerro, las minúsculas aldeas perdidas en los valles, las costumbres y el nivel de vida del campesino, el azul transparente que se une y se mezcla con el verde y oro del maíz; se fija en todo, y todo lo analiza, lo observa, lo paladea, para después exclamar (p. 8):

¡Qué panorama tan delicioso ofrecen nuestros pequeños pueblos con sus lucecitas repartidas de trecho en trecho, con sus sombras caprichosas y gigantescas, que desaparecen cuando nos acercamos; las casas agrupadas con sus techos formados en declive, dentro de las cuales encienden las mujeres pobres el comal y cuecen las olorosas, suaves y delgadas tortillas de maíz con que los jornaleros hacen su corta colación! ¡Qué solemnidad tiene entonces el repentino, acompañado y monótono son de las plegarias que convida a rezar por los muertos y que recuerda a cada familia la pérdida de algún objeto querido!

Su romanticismo es patente cuando, siempre a la vista del paisaje, no solamente lo contempla, sino que medita en él; entonces surge en su alma sensible de romántico la duda, la pregunta, el deseo de penetrar en el paisaje, de saber quiénes lo vieron antes, quiénes lo verán después; se le abren también, al meditar, las alas de la imaginación, y sueña con doncellas indígenas que caminan solemnes por el Valle de México. Luego comunica al papel sueños, meditación, poesía, romanticismo (p. 10):

El sol vestía de oro la cima de los montes vecinos cuando la comitiva llegó al pintoresco lugar... Los gigantes del Anáhuac, cuyas nieves eternas se pierden en el azul purísimo del cielo, asistían imponentes y silenciosos a aquella fiesta. Durante el curso de los siglos el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl han visto sucederse generaciones, razas y naciones diversas en aquel mismo sitio, donde nuestras preciosas mexicanas iban a disfrutar los encantos de un cielo espléndido y de una naturaleza exuberante. Algunas centurias de años atrás las hijas de Tenochtitlán alguna vez habrán venido, a la misma hora, por gozar del imponente espectáculo de la cascada que allí se forma, por aspirar los perfumes que exhalan los mismos arbustos y las mismas flores. Otros siglos atrás estos lugares que ahora son nuestra patria fueron de los bárbaros chichimecas, y antes de éstos pertenecieron a los sabios toltecas. ¿De quién fueron antes...? ¿De quiénes vendrán a ser después de nosotros...?

El ambiente que reinaba en la capital durante la invasión norteamericana de 1847 está logrado en una forma llena de emotividad. Vemos las calles cubiertas de cadáveres de mexicanos e invasores; asistimos al desenfrenado saqueo que sufrieron las casas al entrar las fuerzas del general Scott; a la lucha desesperada e inútil de varios grupos de guerrilleros en las calles de la capital contra los yanquis, y, por fin, a la rendición de la ciudad (p. 243):

“¡Parque! ¡Parque!” ¡Éste era el grito del pueblo más sumiso del mundo en el día 14 de septiembre de 1847, desafiando a un ejército que traía enormes trenes de artillería, al que disputó palmo a palmo la ciudad de sus padres! Faltos de centro común y de jefes, con muy pocas armas y escasísimas municiones, sin combinación anterior, entregados a sus instintos generosos, combatían los mexicanos en guerrillas inutilizando la artillería del enemigo, que no podía enfilarse sobre calles al parecer desiertas, de las que salían sobre los americanos fuegos certeros que los hicieron retroceder en muchos puntos... Pero pronto concluyó el parque, y el terror que justamente inspiraba tan comprometida situación hizo que apareciesen, como al medio día del 15, banderolas blancas en los balcones de las casas, con que se indicó al vencedor que había cesado toda resistencia... El pueblo se retiraba silencioso llevando su arma al hombro, y fue a curar las heridas de sus amigos y a llorar a sus muertos...

Más adelante nos impregna de un ambiente religioso describiéndonos parte de la vida conventual femenina, y no puede menos que atacar ahora a las monjas, como lo ha hecho ya en el transcurso de la novela con los frailes, clérigos y la Iglesia en general. El ambiente conventual está trazado con cuidado y con el mismo y característico amor al detalle. Luego, al asistir a una toma de hábito, Pizarro contiene la ira y en su lugar prefiere sentirse poético logrando un trozo del más puro y acendrado romanticismo (p. 549):

Muerta para el mundo, para su familia, para todos los que la habían amado o aborrecido, y aun para su mismo corazón, la novicia oyó el *De profundis* entonado por todas las monjas, y quedó, como ellas, reclusa aun antes de pronunciar los votos. Las luces de la iglesia desterrando los últimos rayos del crepúsculo, el canto fúnebre de las religiosas que vela en mano asistían a aquel

entierro de una persona viva, la lívida palidez de la víctima y los sollozos mal reprimidos de sus parientes, daban a aquel conjunto un aspecto verdaderamente aterrador.

Al hablar de monjas, era imposible que Pizarro pasara por alto a nuestra religiosa más esclarecida del siglo xvii y de todos los tiempos, y sitúa la acción en el convento de jerónimas para poder aludir a ella: "... aquí vivió la madre cantora Sor Juana Inés de la Cruz, célebre por su talento, por sus composiciones, por su hermosura, y más que todo, por su humildad". Pone aquí una llamada y transcribe un largo párrafo sobre Sor Juana aparecido en el *Diccionario histórico* de Moreri (publicado en 1792), una de las pocas fuentes bibliográficas que él tenía a mano sobre la Décima Musa.

Las costumbres de los habitantes de algunos de nuestros pueblos encuentran en Pizarro un fiel narrador, y así, entre otras muchas cosas, nos enteramos de cómo eran los cambios de poderes entre los "fiscales" o alcaldes escogidos por el cura del lugar, los cuales, más que cuidar el orden, se encargaban de cobrar las contribuciones para las misas, confesiones, sermones, etc., dando tormento a los que se negaban a pagarlas. Estaban consagrados enteramente al servicio del párroco y eran "sus criados más humildes, sus ministros ejecutores y al mismo tiempo una especie de poder legislativo que de cuando en cuando impone contribuciones para los santos".

Los personajes, como ya dije, no son en Pizarro un factor importante, y únicamente le sirven para crear aventuras dentro de las cuales introduce sus descripciones y sus ideas. Dos son los principales protagonistas de *El monedero*: Rosita Dávila, la mujer hermosa, frívola y coqueta en un principio, después seria y profunda cuando los golpes de los acontecimientos la reducen a la miseria y al abandono hasta que es salvada por Fernando Hánkel, el apuesto joven, valiente y decidido, sobre el que gira toda la novela por sus mil infortunios y su nobleza de corazón. La presentación de estos dos personajes se hace en las primeras páginas y casi simultáneamente, porque Pizarro no quiere desperdiciar un segundo: tiene que meterlos cuanto antes en la enorme cantidad de peripecias que piensa vagamente va a forjar en las 623 pági-

nas para que sufran, se amen, se odien, se reconcilien y se casen. Ella es la clásica heroína de todas las novelas, con

unos grandes ojos negros, chispeantes y eléctricos; su frente espaciosa, su nariz afilada, sus labios de un rojo subido, tanto más hermosos por la notable blancura de su cara, formaban un conjunto feliz que al mismo tiempo revelaba inteligencia, sensibilidad y fuerza en el carácter... Su conversación era salada y divertida; su espíritu, naturalmente recto, expansivo, capaz de la mayor cultura y elevación, se encontraba contrariado y como en tortura por efecto de su misma posición aristocrática que le impedía hacer una exacta apreciación de las cosas, pues tenía que verlas mediante un falso prisma de grandeza y de vanidad.

Fernando Hánkel era

un joven de treinta años, de carácter tímido al parecer, de fisonomía franca e inteligente, maneras suaves e insinuantes..., excelente voz de tenor... Su traje modesto, su fisonomía llena de bondad, su mirada dulce y tranquila, su color trigueño; en todo él se reconocía el tipo fino de los aztecas primitivos: cuerpo alto y bien desarrollado, nariz bien hecha, labios delgados, boca regular, pequeño bigote que le hacía aparecer de menos edad y una dentadura simétrica de un esmalte brillante.

El romanticismo, como es sabido, tendía siempre a idealizar el tipo indígena, pero aquí Pizarro exagera al pintarnos al "azteca primitivo" como un adolescente griego.

Gran cantidad de personajes secundarios no tienen más razón de ser que la de complicar o aclarar las situaciones, y todos, sin excepción, son caracteres borrosos, mal dibujados, creados por el azar más que por la lógica; cumplen su misión de ser malos o buenos sin descollar de manera notable, y vienen a ser simples sombras.

El estilo de la novela es en general pobre, pero se nota un deseo de cuidarlo y de hacerlo ameno y fácil. Rara es la vez que emplea alguna palabra poco corriente, y su vocabulario, por tanto, es limitado. Gusta de usar regionalismos, aunque no abusa de ellos, y así, en ocasiones nos encontramos con la palabra *china*, usada para denominar a la mujer del pueblo; o bien los vocablos *naguas*, *cócoras*, *tole tole*, *guiri-*



gay; pero lo que abunda son las palabras de origen náhuatl, como *huipilli*, *metate*, *comal*, *tecuile*, *cacles*, etc.; hay también una conversación entre un indigena y el cura, en la que se emplea el español tal como lo hablan los nativos, con modismos como *ora ni me acuerdo*, *pagresito*, *juerte*, *chiquitito*, etc. Pizarro es cuidadoso al escribir; todos estos vocablos los utiliza únicamente cuando los pone en bocas apropiadas, nunca cuando es el autor el que relata. Todos los modismos o nahuatlismos los pone en letra cursiva, y en ocasiones añade una nota explicativa de la etimología y el significado.

Las citas históricas apasionan a Pizarro; traslada grandes párrafos del *Manual de historia y cronología de México* de Marcos Arróniz, de la *Historia antigua de México* de Clavigero, del *Diccionario histórico* de Moreri y de algunos otros libros. Pero de lo que más abusa es de las citas de la Biblia, principalmente en la primera mitad de la novela. Por todo y para todo lanza un gran párrafo con su correspondiente llamada explicando su procedencia, ya sea de los Evangelios, del Génesis o de los Hechos de los Apóstoles, con el texto en latín para que el lector juzgue su traducción.

Cuando se siente patriota (que sucede muy a menudo) su estilo es exaltado, su sintaxis adquiere proporciones de oratoria, y los signos de admiración, sin los cuales el romanticismo se hubiera visto en aprietos, cortan a cada instante las frases (p. 242):

¡Honor a los valientes que en medio de tanta ignominia prefirieron una muerte segura a sobrevivir después de una paz vergonzosa! ¡Gloria al pueblo de la capital, porque consultando solamente su valor... se arrojó casi inerme a una lucha desesperada contra un ejército victorioso, mostrándose verdaderamente invencible! ¡Sí, invencible... porque nada pudieron las balas ni la táctica de los enemigos! ¡Porque nunca rindió sus pocas armas, las que, por el contrario, supo aumentar quitando no pocas al invasor...! ¡Oh México! ¿Qué hiciste a las otras naciones para recibir tantas afrentas? ¡La hez de todos los pueblos de la tierra ha venido a arrojar la ignominia sobre tu frente!

Al necesitar algunos toques dramáticos que ayuden a impulsar la novela, o a darle sus tintes de tragedia, su estilo se

hace rebuscado en su afán de llegar a los sentimientos del lector ante las desventuras y sufrimientos de los personajes, como en esta carta de una mujer angustiada (p. 299):

¡Muero de miseria y desesperación! ¡Seres tan desgraciados como hemos sido mis hermanitos y yo, lo mejor que pueden hacer es desaparecer de entre los vivos para no servir de estorbo a la sociedad, de disgusto a los ricos, y de acusación a los falsos cristianos! El mayordomo de una corporación religiosa me atormentaba con sus amenazas, me sacaba citas de jueces, ¡a mí, pobre mujer!, ¡a mí, mendiga!, con objeto de que nos apresurásemos a desocupar estos dos cuartos húmedos y oscuros, ¡porque a la corporación de monjas, que se recogen para hacer vida de perfección cristiana, les hacían urgente falta los cinco pesos de esta pocilga! ¡Para los mayordomos y para las monjas nuestra infausta vida era un estorbo! ¡Deben, pues, quedarnos agradecidos!

Las escenas amorosas, a pesar de su romanticismo, no son tan deficientes como la mayoría de las de autores contemporáneos, y si el estilo es meloso y de un sentimentalismo rebuscado, se salva ante las escenas semejantes de un Rafael Guadalajara, de un Ireneo Paz o de un Frías y Soto (p. 397):

¡Oh Rosita! ¡Rosa! —continuó Fernando con un verdadero delirio... tomándole con la mayor ternura una de sus manos— Dime, hermosísima mujer, que ya no desprecias al artesano que se atrevió a dedicarte su corazón; dime que no repugnarás ser la compañera de mi vida después de que hayamos recibido la bendición santa; dignate, en fin, decirme, y no me arrojes con tu negativa al infierno: ¿me amas?

La sintaxis, como queda visto, cae en rebuscamiento de forma, mas a lo largo de las 623 páginas son pocos estos giros tortuosos, y en general, la construcción es accesible y amena; el diálogo, cuando lo usa, es flúido y bien trabado.

PASEMOS AHORA a la parte más importante de *El monedero*: las ideas. Pizarro, como buen liberal, reformista, y muy posiblemente masón, ataca lo mismo al partido conservador que al clero, a la sociedad y a la política, a los extranjeros y a los mexicanos. Desde la primera página empieza mostrando la falsa aristocracia que veranea en San Ángel:

Este [México] se traslada allí con todas las falsedades de la óptica social: ricos avarientos que quisieran ocultar sus riquezas; pobres vanidosos que desearan tenerlas para mostrarlas a todo el mundo; viejas que sólo viven de recuerdos; jóvenes que quisieran meter mucho ruido; personajes políticos en boga o caídos, los que suben y quieren ser desde luego considerados, los que bajan y no quieren darlo a conocer; y de toda preferencia, los que en continuas revueltas y desgracias de México han sabido conservar una ventajosa posición, concurren a establecer una especie de fraternidad aristocrática que les hace olvidar los males públicos y privados, dando pleno dominio a la filosofía práctica de este siglo, que muchos encuentran compendiada en la sola palabra *positivismo*. Vivir es gozar, he aquí la contraseña universal.

Como se ve, da al concepto positivista uno de sus sentidos: el de inclinarse a los goces de la vida, y no el que tiene como doctrina filosófica, y que más tarde había de tener tanta resonancia en nuestra vida política y social cuando don Gabino Barreda trajo a México las ideas de Comte.

Los indígenas despiertan en él una profunda simpatía y una sincera compasión. Los defiende de su atraso culpando a los españoles, y pugna por elevar su nivel de vida reintegrándolos a la sociedad y salvándolos de políticos sin escrúpulos y del clero que los tiene sumidos en el fanatismo (p. 49):

... todos los que entre nosotros se llaman progresistas, ¿qué han hecho prácticamente en favor de los cinco millones de indios que tenemos? ¿Cómo es posible hacer benéfica, deseable y duradera la libertad de un pueblo que carece de toda instrucción..., que sólo conoce a los que han gobernado desde la Independencia para acá por las levas que los llevan a morir... en contiendas que no les importan, o por las extorsiones que les hacen sufrir los peajeros, los alcabaleros, y la casi totalidad de los curas que tan despiadadamente les exigen los llamados derechos de estola y las obviaciones parroquiales?

No hay que olvidar que Pizarro escribe esto recién comenzada la segunda mitad del siglo XIX, y que levanta su voz contra una realidad que todavía hoy estamos viviendo. Esto sólo bastaría para hacer de Nicolás Pizarro un pensador importante, y de su novela un precioso documento para la historia de las ideas en México.

Los Estados Unidos son un país por el que Pizarro siente una profunda animadversión (p. 141):

Si fueses a los Estados Unidos te escandalizarías, te morirías por la afrenta de que te arrojasen de las banquetas porque no eres blanco. Verdad es que esta barbarie la emplean con los negros y con los mulatos, pero México cuenta entre sus grandes glorias la de haber establecido la igualdad civil en todas las razas.

Estos continuos ataques son muy explicables si se tiene en cuenta que el recuerdo de la invasión yanqui de 1847 estaba aún muy fresco en el espíritu de todos los mexicanos, y con más razón en una mente sensible y patriota como la de Pizarro, que llega a culpar a los mismos mexicanos de que la invasión se hubiese llevado al cabo (p. 273):

La gran república norteamericana..., lejos de tratarnos como hermanos..., ha despachado sus ejércitos para invadirnos sin razón, sin motivo plausible, para pavonearse después ostentando laureles alcanzados en las victorias que nosotros mismos les hemos proporcionado con el pronunciamiento de los llamados polkos, con la insubordinación inaudita del general Valencia, con el desobediencia de algunos gobernadores, con la ineptitud y cobardía de nuestros jefes... Calcúlese... cuál fue el horrendo cúmulo de males que trajeron a la República los americanos... ¡Gócense con este resultado las facciones que devoran las entrañas de México! ¡Gócense los gobernantes ineptos que han asaltado los puestos públicos, los soldados cobardes que corrieron ante el enemigo extranjero y que sólo tienen energía para maltratar a sus paisanos, y los malos sacerdotes, en fin, que pagaron la asonada del mes de febrero de 1847, y que antes y después han tenido tanta parte en la inestabilidad de nuestros gobiernos y en el cambio frecuente de nuestras instituciones!

El partido conservador, su contrincante político, es, al igual que el clero, el blanco de sus peores diatribas. A pesar de su religiosidad tradicional —demostrada por las múltiples citas de la Biblia y por las menciones constantes de Dios y de la Virgen—, no puede transigir con las sucias maniobras de los conservadores para usurpar el poder, ni con la manera como el clero trata al pueblo mexicano. No se detiene ante ningún prejuicio, y con toda valentía escribe sus ideas llenas

de odio hacia lo que le parece un retroceso en la civilización (él, filósofo, progresista y liberal) y un oscurantismo que no debiera existir en el siglo XIX.

Se rebela contra la existencia de los conventos, y el que una muchacha se vaya de monja lo desespera, congratulándose de que "ya pronto se cerrarán esos santuarios"; pero mientras tanto él grita las verdades en el papel para que las lean esas jóvenes que, por presión de los padres, o por capricho, o por desilusiones amorosas, se refugian en los conventos y mueren allí de tristeza y de tedio (p. 519):

Entrar a un convento cuando hay una pasión ofendida, es cometer un suicidio contra el que la sociedad no se levanta, porque no ve que corra sangre, porque las víctimas sonríen tristemente con la resignación del sacrificio, y porque se cree estúpidamente por el vulgo que es el principio de la beatitud, cuando no es más que el oscurecimiento de la inteligencia, la muerte del corazón, la alucinación, el vértigo, la desesperación del suicida.

No pierde oportunidad de escribir aunque sean breves líneas atacando tal o cual cosa del clero. Abundan en la novela frases como ésta de la p. 109: "¡Ya podían darse a los pobres los bienes del clero, pues esto, además de ser eminentemente cristiano, pondría a éste en la imposibilidad de pagar a los eternos trastornadores de la República!"

Su espíritu reformista se trasluce a cada paso; es natural que sintiera tan grande admiración por Juárez. Pero primero está su sentido de honestidad y rectitud ante las ideas y ante la historia, y por esto, en la novela *La coqueta*, escribe contra su ídolo estas frases que deben haberle dolido a él mismo, dada la veneración que sentía por su presidente: el protagonista rehusa ser presentado a Juárez y a su gabinete porque "cuando nos preparábamos a combatir a los reaccionarios en Celaya con grandes probabilidades de triunfo, ellos huían a cien leguas del teatro de la guerra, sin que hasta ahora se conozca la causa, desmoralizando así al mismo ejército que los sostenía; cuando lo que debieron hacer fue presentarse a participar del peligro y acallar de este modo las funestas rivalidades que estallaron entre Parrodi y Doblado" (p. 85).

EL ANÁLISIS DE *La coqueta* no tiene por qué ser muy detallado, pues habría que repetir lo mismo. Sólo el tema y algunas ideas son diferentes.

El tema es pobre y sin trascendencia: la vida de una coqueta que hace sufrir a varios enamorados suyos sin decidirse por ninguno. Dos hermanos se enamoran también de ella y, al enterarse de que ambos persiguen lo mismo, surgen los odios fraternales y el sufrimiento de ambos. Al fin uno de ellos muere y el otro, al darse cuenta de la frivolidad de su amada, parte a la guerra de Reforma, se casa y vive feliz en Silao, mientras la coqueta se ve obligada a casarse con un anciano rico que le hace la vida desgraciada.

Entre las ideas hay algunas interesantes. El autor sigue, naturalmente, aborreciendo al clero y a todo lo extranjero. Como ésta es una novela relativamente corta —120 páginas—, Pizarro se ve en aprietos para introducir sus opiniones, pero lo hace aunque para ello tenga que forzar la acción. Llega a tal punto su deseo de hablar de lo que siente, que pone en boca del protagonista y de una pobre señora veracruzana una discusión religiosa que no venía al caso, pero que el novelista sentía necesidad de intercalar.

Pizarro, el apasionado Pizarro, no podía dejar pasar por alto una figura tan importante para los liberales como lo fue el joven poeta Juan Díaz Covarrubias, muerto por los conservadores en 1859, y que se convirtió en el símbolo del heroísmo y del martirio por la ideología reformista. Así, no encuentra mejor manera de alabarlo que poniendo en su novela al poeta "tal como la patria le habría visto si la más detestable soldadesca no hubiera cortado el hilo de sus preciosos días". Y Díaz Covarrubias pasa a ser uno de los más destacados personajes secundarios, actuando como un verdadero sabio no sólo en medicina, sino en teología, geografía y en todas las ciencias y las artes que Pizarro utiliza en *La coqueta*.

ADEMÁS DE ESTAS dos novelas, Pizarro escribió en 1861 un *Catecismo político constitucional* que inmediatamente fue declarado libro de texto en todas las escuelas, tanto por el

gobierno de Juárez como por los gobiernos posteriores; esto explica que haya alcanzado cinco o más ediciones. (Tenemos a la vista la 5ª ed., Imprenta Universal del Vapor, México, 1887.)

El *Catecismo* comienza con un elogio de la Constitución de 1857, sigue tratando temas como "Los derechos del hombre", "La propiedad", "La Federación", "Los tres poderes", y termina con otra alabanza de las leyes de Reforma, en la que vuelca Pizarro su furioso liberalismo.

Consta de 48 páginas agrupadas en dos "títulos", divididos a su vez en secciones o capítulos. Al final de cada uno de ellos vienen las preguntas y las respuestas que justifican el nombre de *Catecismo*.

El afán literario no puede quedar olvidado en esta obra, y Pizarro escribe párrafos como el que sigue, al referirse a los deberes y derechos de los ciudadanos mexicanos (p. 27):

El rústico trabajador del campo, el artesano más miserable, no se dan a la fatiga únicamente por sí, ni vierten el sudor de su frente pensando sólo en sus propias necesidades; el recuerdo de la familia viene a reanimarlos en medio del cansancio, y a darles nuevas fuerzas y resignación para vencer el abatimiento y el dolor.

Su indigenismo es patente también en esta obra, y culpa del atraso de los nativos al clero y a los conquistadores:

No hay que disimularlo: la religión del Crucificado se implantó en México acompañándose la espada de Cortés con el incensario del inquisidor: la libertad política de los aztecas y de los criollos, así como la libertad religiosa, se consumieron en una misma hoguera, en la que encendió Zumárraga con los archivos de Tenochtitlán; natural era que naciesen juntos. Así ha sucedido... No es nuestro objeto increpar al catolicismo por la degradación y envilecimiento de los indígenas, tan valientes como desgraciados, cuyos restos sobrevivieron a la conquista sólo para ser inicuaamente explotados por los sacerdotes con los llamados derechos de estola.

En síntesis, este *Catecismo político constitucional* no es sino una explicación fácil y breve, hecha del modo más ameno, para la gente del pueblo y para los escolares, de la Constitución de 1857. No sabemos si hubo ediciones posteriores

a 1887, pero lo más probable es que las haya habido, pues los libros de texto en las escuelas no variaron casi nada hasta que don Justo Sierra se hizo cargo de la educación nacional, o sea hasta los últimos años del siglo pasado.

Durante el segundo imperio, Pizarro se retira de las letras políticas. Pasado este episodio, publica en 1868 su *Catecismo de moral* (Imprenta de J. Fuentes y Compañía), que es un extenso tratado acerca de la educación, de las familias, de las virtudes y de los vicios, del trabajo, de la conciencia, y, en fin, de todo lo relacionado con la moral. En este libro Pizarro muestra sus conocimientos teológicos, históricos y filológicos, y cita desde San Agustín hasta Renan y Voltaire, desde Chateaubriand hasta César Cantú, y desde los Evangelios hasta las mitologías griega, romana, persa e hindú. Este *Catecismo* puede ser un valioso documento para los estudiosos de nuestras ideas en el siglo XIX.

El *Catecismo de moral* fue también durante algunos años libro de texto en las escuelas, cuando, finalizado el imperio y consumada la Reforma, se suprimió la enseñanza religiosa, pero no la de moral. Comienza así este tratado:

Mi deseo en la formación de este libro ha sido ofrecer a la juventud un compendio de conocimientos morales, tal como yo mismo hubiera deseado encontrarlo cuando comencé a considerar con seriedad las cosas de este mundo. ¡Cuántas dudas, las más dolorosas, cuántas cavilaciones aterradoras, cuántas inútiles investigaciones me habría ahorrado!

Seguramente ésta fue la última obra que escribió Pizarro. Existen noticias de unos relatos para niños publicados en 1862, pero ha sido imposible dar con ellos.

Nicolás Pizarro es, aparte de un reformista por excelencia, uno de los mejores pensadores liberales que hemos tenido, uno de los más valiosos defensores de la libertad, un escritor que ama a México por encima de todo, un observador que enseña las bellezas y las lacras de nuestro territorio, y uno de los primeros socialistas que en México se lanzaron a publicar sus ideas.